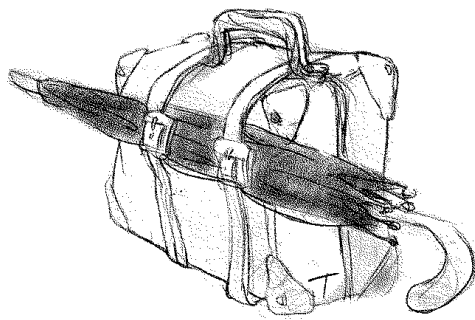


EX LIBRIS

EX LIBRIS

Mario Markic



Cuadernos del camino

De Tierra del Fuego al
cometa Halley



MAREA
EDITORIAL

En busca de la ciudad perdida en el Uritorco

Capilla del Monte, Córdoba, 1999

Fue mirando el río que corre bajo las fauces del cerro Uritorco cuando pensé seriamente en buscar la ciudad perdida. Acaso por ese sol que parecía correr en diagonal, a la deriva, entre nubes espesas que anunciaban tormenta. Tal vez por los reflejos del río, un hilo de agua que se escapaba de los socavones de la montaña sagrada, el lento fluir de sus venas abiertas.

Levanté la vista hasta la cima y comprendí que había sido ganado por la sugestión. La ciudad mitológica, para los iniciados en la ciencia de lo inexplicable, era el resultado de un triángulo menor de fuerzas, donde el cerro Uritorco sería el epicentro, y los extremos, el cerro Colorado, la ciudad de Serrezuela y la de San Agustín. Todo en Córdoba.

“Erks”, me dijo Jorge Suárez, a quien descubrí gracias a su programa de radio en Capilla del Monte, un pequeño y pintoresco pueblo cordobés donde hasta los perros narrarían encuentros con seres extraterrestres si pudieran hablar.

“Erks, la ciudad sagrada, está bajo el Uritorco.”

Fue en los años 70 cuando el cerro de 1.870 metros empezó a ganar fama: extrañas luces que dibujaban señales en el aire, triángulos de energía cósmica, pastos que aparecían extrañamente quemados...

Una cofradía de ovnílogos sacó pasaje al pequeño pueblo para trepar a su cima y participar del festival de experiencias paranormales.

El fenómeno se amplió en la década del 80 gracias a la cobertura seriada del inefable periodista José de Zer, quien masificó la adoración por el Uritorco a partir de un relato entrecortado y jadeante, y al reportar con fingida

angustia la presencia de objetos llegados de otro mundo, mientras su camarógrafo seguía, en plena noche, “extrañas luces”. Que no eran otra cosa, digámoslo rápido, que el básico equipo de iluminación que operaba en lo alto un ayudante, desplazándose de aquí para allá, trapaleando entre la quebrada geografía de esa pequeña montaña mística.

La fantástica cobertura, que era seguida por los intelectuales de turno como prueba irrefutable de la “televisión basura”, encolumnó, sin embargo, a muchas agencias de viaje oportunistas que no dudaron en ofrecer sus servicios con la garantía de vivir experiencias ajenas a la comprensión humana.

Así, todos colaboraron con las leyendas del Uritorco, el “cerro macho” de sanavirones y comechingones. Hablando de estos últimos, el arcano no es menor: al parecer, son los únicos aborígenes a los que les crecía la barba, eran llamativamente altos y, para completar el cuadro, poseían ojos azules. De ellos se cuenta que eran dueños de una gran capacidad de observación y meditación, y que habrían estado ante la presencia —como De Zer— de luces movedizas. Los sanavirones, aborígenes más bien terrenales, de carne y hueso, también tenían lo suyo: solían caminar por la sierra y desaparecer de improviso.

Entonces las sectas esotéricas no tardaron en llegar.

Antes de viajar recurrí a mi archivo, aunque me aportó pocos datos. Entre ellos, una obviedad: que las ciudades secretas, o perdidas, siempre han desvelado al ser humano. Por caso, la Atlántida, Shangri-La, Camelot, Trapalanda, la Ciudad de los Césares...

Exceso de imaginación, pura fantasía o la necesidad tan humana de consagrar el mito. Los mitos, me dije, no existen sino en la mente o en el corazón de los hombres (y muchos han pasado la vida corriendo tras ellos). Siguiendo el mito que rodea a las ciudades perdidas acepté que todas tenían algo en común: uno no las puede ubicar en un mapa por más esfuerzos que haga.

Dos veces trepé al Uritorco. Hice un ascenso lento, por la senda que primero fue de las cabras y después de los peregrinos cósmicos.

El pueblito se iba achicando abajo, sumido en su perfecta armonía.

Recuerdo que la primera vez, y por esas cosas que llegan sin ser llamadas (y por la sugestión del entorno que me envolvía), me vinieron a la mente pasajes de la Biblia, relatos de sobrecogedoras visiones de bolas de fuego cruzando los cielos, carros y arcas luminosas en la noche.

¿Qué es esto?, me dije, sin duda perturbado por el silbido del viento que doblaba los pajonales en la altura. ¿Simples patrañas o experiencias reservadas a hombres iniciados en las vivencias de un mundo desconocido para mí?

El periodista Suárez también fue aguijoneado por las mismas conjeturas, no tanto por los bizarros relatos de De Zer, sino después del episodio ocurrido en las laderas del cerro El Pajarillo, vecino al Uritorco, cuando en 1986, según explicó, ocupaba el cargo de secretario de Gobierno de la Municipalidad.

El tema lo tocó tanto que nunca más se apartó de la problemática OVNI. Llegó a ser el más férreo defensor de que los fenómenos fuera de nuestra comprensión existen de veras. Publicó un libro que se llama *Luces sobre el Uritorco* y ya no guarda rencores con aquellos que se mofaron de su postura: “Todos estamos expuestos a que nos llamen locos —señala—, nada se puede hacer en ese sentido”.

Básicamente, Suárez cree que los frecuentes visitantes extraterrenales del Uritorco están señalando un camino a la humanidad, que no es otro que el de la preservación del planeta, amenazado por experimentos nucleares subterráneos, por el achicamiento de la capa de ozono o por el mal manejo de la naturaleza. Suárez supone que son nuestros “hermanos mayores” y están junto a nosotros desde hace muchísimo tiempo:

—Los ángeles de ayer son los extraterrestres de hoy.

—¿Cómo es eso?

Para Suárez es muy simple, basta con leer la Biblia:

—La metáfora de representar a los ángeles con alas era una forma de explicar por qué volaban. Y está la ascensión de Jesús a los cielos, en medio de relámpagos y vientos, nubes luminosas. ¿No es esto similar a los efectos que produce un cohete al despegar?

—Y... —. Lo bueno de esto es que uno de verdad queda patitioso y no sabe qué diablos contestar.

Un baqueano me precedía en la trepada. Juan Domingo Ochoa era un tipo morocho, cara curtida por los vientos del Uritorco. Siempre tenía el ceño fruncido, como si estuviera en otra parte, como si su experiencia extrasensorial hubiera sido un punto que lo marcó para toda la vida.

Me propuse abrir la mente a todo pero no creer en nada. A menos, obvio, que algo sorprendente ocurriera durante mi ascenso.

Y eso fue lo que le pasó a Suárez, y diría que al noventa por ciento de los habitantes de Capilla del Monte cuando apareció esa huella ovoide en el cerro El Pajarillo.

Fue unánime, no cabían dudas: un vehículo extraterrestre se había posado en el cerro cordobés.

Al fin y al cabo, el pasto estaba quemado y nadie había denunciado un incendio. Además, la huella era perfecta, ocupaba el espacio que la conciencia colectiva atribuye al tren de aterrizaje de un plato volador.

La huella, perfectamente circular, apareció en una de las laderas de El Pajarillo en enero de 1986. Tenía un diámetro de 110 metros.

Según me contó Suárez, la abuela doña Esperanza Gómez —tenía noventa años por entonces— jugaba a las cartas con su nieto de doce años en un rancho rural sin luz eléctrica cuando vieron una luz muy potente que entraba por la ventana. Al salir se encontraron con un objeto volador que sobrevolaba el rancho y que luego se fue a al cerro El Pajarillo.

La huella apareció a la mañana siguiente: la paja bra-

va, pastos de hasta sesenta centímetros de alto, estaba quemada en su totalidad dentro del círculo.

“Con los insectos –recordó Suárez– ocurrió una cosa muy curiosa: no estaban quemados sino disecados. Y al año siguiente, durante un invierno muy riguroso, se quemaron cinco kilómetros en la misma montaña pero misteriosamente el fuego no ingresó a la huella. A pesar de que la paja brava estaba absolutamente reseca, el fuego bordeó totalmente a la huella, la volvió a plasmar como un negativo y eso fue mucho más incomprensible aún.”

Y, sobre todo, lo que pasó con un árbol que estaba en los fondos de la casa.

De repente, sufrió una violenta aceleración de su proceso biológico, envejeció tanto que se secó. Los que investigaron el caso no supieron explicar qué había pasado. Pero sí aquellos que vivieron experiencias del cuarto tipo, aquellos que aseguran haber abordado naves extraterrestres: “Le sacaron la clorofila –explican– porque la clorofila es la base de la alimentación de los seres de otros mundos”.

El caso es que el episodio llevó a miles de personas al Uritorco. Peregrinos de la *New Age*, místicos, chapuceros, científicos y estudiosos del espacio exterior pisaron sus laderas en busca de más apariciones. La huella incomprensible desapareció tres años después. Para entonces, el turismo había crecido y los refutadores de la existencia de platos voladores se lanzaron contra el fenómeno. Lo consideraron, sin más, una experiencia típica del pensamiento mágico.

Llevaba horas subiendo la piedra. La vegetación se hacía cada vez menos frondosa y me preguntaba si bajaría transformado en un monstruo energético o algo así.

La sugestión que emanaba de los relatos de testigos abonaba mis inquietudes.

Al pie del cerro, Suárez, antes de despedirme para mi ascenso, me contó que vivió el avistaje, ¡programado!, de un OVNI.

Una de las formas de los encuentros con alienígenas parece que puede ser esta: programar un avistaje con tiempo y lugar prefijados.

“Fuimos con un sensitivo que había llegado de Buenos Aires y un amigo mío. A la noche, a la hora indicada, apareció la luz. Era una esfera muy grande, estaba a unos veinte grados sobre el horizonte, avanzó hacia nosotros y fue tomando una deriva hacia nuestra izquierda. Mi amigo se preguntó si lo que estábamos viendo no sería un avión: al terminar de preguntárselo el objeto lanzó como una estela y tomó más velocidad y se perdió en la sierra. Fue mágico.”

Pero si eso ya era sobrecogedor, a poco de andar el baqueano confesó que había sido chupado por un plato volador. Él lo dijo usando el término preciso: abducción. Me dejó con la boca abierta, pero seguí subiendo.

—Estaba con mi abuela y un tío —me contó— caminando en una cañada, detrás del casco de la estancia Minas. De repente, desde adentro de la montaña, o eso me pareció, salió un objeto gigante. Era como una manzana entera que volaba.

—¡Qué curioso! —lo interrumpí—. ¿Salió desde adentro de la montaña?

—Eso me pareció. Fue todo muy confuso. Daba la impresión de que estaba tres metros encima de nosotros y, a la vez, a millones de kilómetros de distancia. Tuve la sensación de haber estado en su interior, donde no había nada. La máquina parecía flotar en el espacio, acompañada por meteoritos que giraban en torno de ella. Miraba hacia abajo y veía mi cuerpo, el de mi abuela y el de mi tío. Daban ganas de llorar, de reír, como si hiciera siglos que no vieras a tu padre y lo reencontraras. La sensación es que uno no sabe si está muerto o está loco.

La Argentina está entre los diez países más visitados por los platos voladores, según una curiosa estadística que leí por ahí. Aunque algunos creen ver el origen de los misteriosos vehículos en las carrozas de fuego sur-

cando los cielos del Apocalipsis bíblico, el fenómeno es mucho más moderno.

El 24 de junio de 1947 es el día del plato volador. Ese día, Kenneth Arnold volaba en su pequeño avión sobre las montañas Rocosas cuando observó a nueve artefactos que, a su juicio, parecían pocillos de café invertidos.

Volaban en perfecta formación y a velocidades de miedo.

La historia podría haber empezado antes si no fuera por la implacable lógica oriental. En 1235 el general Yoritsume, glorioso samurai japonés, fue alertado por su gente antes de entrar en combate acerca de extraños objetos luminosos que giraban en el cielo. “No es más que el viento –dijo– que hace balancear a las estrellas.”

Tener la mente abierta a todo y no creer en nada, me repetía yo una y otra vez.

Seguí andando con el baqueano. Capilla del Monte se veía pequeña definitivamente.

Después de caminar algunas horas llegamos hasta una planicie. Había allí una meseta antes del asalto final, con refugios para el viento, unas pircas levantadas por la mano del hombre. Al parecer, ese era un lugar de invocación al que llegaban los fanáticos en busca de lo sobrenatural, como un oratorio pagano, desde que se desató ese carrusel de luces sobre Capilla del Monte.

Ochoa terminó de contar su extraño relato de manera sorprendente: la NASA envió científicos a estudiarlo a él, a su abuela y a su tío después de la experiencia. “Nos hicieron un estudio psicológico y nos sacaron sangre. También analizaron los minerales de la zona. El traductor nos dijo que habían traído un pedazo de un supuesto plato volador y que estaban haciendo comparaciones con los minerales del Uritorco.”

En el descanso pude ver una ermita con una virgen y las velas correspondientes: acababa de comprobar que también existen los promesantes cósmicos. Los iniciados llaman a este lugar, “El valle de los espíritus”, y creen

ver luces si se inspiran con sus rezos y plegarias.

Según cuentan los promesantes, las luces son los espíritus de los antiguos guerreros comechingones que en el punto culminante de las meditaciones parecen bailotear en esa meseta de la montaña.

Los más fieles visitantes del Uritorco aseguran que la luz que empezó a bailar en los alrededores del cerro el 16 de enero de 1992 a las 21.07 regresa con sorprendente regularidad horaria antes de perderse en la negrura de la noche, por lo que ha sido bautizado como “El expreso”.

Como decía, la Argentina ocupa un lugar destacado en las preferencias de los visitantes del espacio exterior.

Según parece, ya en 1825, un inglés llamado George Andrews –que tal vez se quedó en la pampa después de las Invasiones– contó que vio una extraña luz con forma de disco mientras viajaba desde Córdoba a Santiago del Estero.

Enigmas, casos que la mente no entiende o pura chupucería... ¿quién lo sabe?

Todo vale dentro del *show* ufológico: la incapacidad de presentar pruebas lo convalida. Pero en Capilla, este pequeño pueblo del valle de Punilla, muchos de los ocho mil habitantes sostienen que el Uritorco es un cerro energético. Una de las explicaciones a los destellos y al baile de extrañas luces puede ser atribuida a un fenómeno denominado piezoelectricidad: se produce en las zonas donde hay uranio debido al calentamiento que provoca el sol durante el día. Por la noche, esa energía se libera y adopta forma de *flashes* como los de una cámara fotográfica.

Desde de que el cerro se hizo famoso y empezaron los peregrinajes, muchos de ellos guiados por modernos chamanes en tiempos propicios –Semana Santa, cuando cambian las estaciones, etcétera–, a la ceremonia se le fueron agregando historias.

Una de ellas cuenta que cuatro personas permanecie-

ron extraviadas durante algunos días en el Uritorco. Cuando las encontraron vestían túnicas blancas e iban descalzas. Gabriela, la única mujer del grupo, narró la experiencia a Suárez, que la volcó en un libro. Explicó que siguiendo un mensaje telepático imposible de ser desobedecido, el grupo padeció hambre, sed, frío, viento y lluvia: una suerte de calvario que los llevó al borde de la locura y la inanición.

Pero al séptimo día, Gabriela recibió una revelación. Siguiendo su mandato, encontró una cueva donde había un lecho de hojas secas en el que durmió profundamente. Entonces, percibió la presencia de un ser astral que le pidió amorosamente que orara. Cuenta que así lo hizo hasta que, de repente, una sed desesperante la despertó.

“Frente a mí pude ver un ser de gran altura, de unos tres metros. Vestía un ajustado traje luminoso, parecido a los mamelucos que usan los aviadores, con un cinturón brillante y botas altas. Su rostro era de una textura muy particular, parecía marcado y de color verde. Sus cabellos eran blancos, muy largos y tirados hacia atrás. Sus ojos rasgados, de conformación felina, mientras su boca y nariz eran normales.”

¿Cuál era el objetivo de aquel gigante encendido?

Más o menos lo que postula Suárez: le encargó a Gabriela difundir que su presencia en el planeta tenía como misión su preservación, y que si llegaba la hecatombe nuclear parte de la humanidad sería resguardada por ellos en su condición genética, del mismo modo que se hizo con el arquetipo Noé, antes del Diluvio Universal.

“Sin embargo —dijo Gabriela—, antes de que esto ocurra, la misión de estos seres será mantener el equilibrio solar. Se me pidió, finalmente, que transmitiera un mensaje: de producirse situaciones críticas como las referidas, es posible que muchos habitantes del planeta vieran a estos seres físicamente; por lo tanto, no deben temer, ya que ellos sienten por nosotros un profundo amor y, en su momento, nos prestarán su ayuda.”

Lo dicho: como un hermano mayor.

O sea que hoy el Uritorco es un rompecabezas que cae bien a todos.

Porque así como van los turistas –que dejan buena plata en el pequeño pueblo–, los curiosos, los que investigan fenómenos cósmicos y los refutadores, están los místicos que acampan en las laderas del cerro en busca de espiritualidad.

Hoy es el Uritorco, mañana será el Cuzco o las pirámides, qué más da: ellos seguirán buscando cierta energía en lo ancestral para curar sus corazones destrozados por la dura realidad de la vida.

Antiguamente, los comechingones que vivían en las cuevas de la sierra cumplían con un rito anual al pie del Uritorco: allí se juntaban los caciques y los brujos para perderse en la urdimbre de los pases de magia.

En rigor, llegar a la cumbre del Uritorco no significa un esfuerzo importante.

Pusieron una cruz –como no podía ser de otra manera– en medio del páramo sacudido por los vientos, aunque todavía no llegó el altar pagano del gauchito Gil con sus banderitas rojas.

Las nubes pasaban cerca y decidí no quedarme a pasar la noche, porque si no veía nada iba a bajar convencido de que todo se trataba de una burda trapacería. Mientras bajábamos y el baqueano recogía yuyos, según él capaces de curar las más terribles enfermedades, preferí apoyarme en la idea que tenía Karl Jung de los platos voladores: “Proyecciones de la imaginación”, los llamó.

Al otro día subí a mi auto, rodeé el Uritorco y me interné por un camino vecinal. Zigzagueaba en soledad. Todo, cerca o lejos, estaba sumido en una gran inmovilidad. Así llegué a Los Terrones, un paraje con dibujos que parecían tallados por el hombre.

El hombre que me recibió, don Ramón Verón, tenía 81 años, las manos callosas y una bonhomía que me llevó a preguntarle si creía en la existencia de Erks, porque recordarán que así empezó este viaje.

“El que tiene sentimientos, la ve”, contestó sin dejar de sonreír.

Llevaba puesta una campera y una gorra de color azul. Usaba en el cuello un pañuelo de seda de color azul, rojo y blanco. Tenía el pelo cano y manchas de vejez en la piel. Cuando sonreía la cara se le iba plegando en surcos profundos desde las comisuras hasta las orejas.

Miré esos gruesos cascotes donde se amontonaba el feldespato, el tungsteno, donde brillaba la mica. El viejo Verón caminaba despacio pero erguido, como si sus hombros nunca hubieran sentido el peso que llevamos los hombres entre la cuna y la tumba. Recuerdo que nombró a un personaje extraño: Acoglanis.

“Él fue el que me habló por primera vez de la ciudad subterránea de Erks”, soltó enigmático.

El hombre misterioso llegaba los sábados a Capilla del Monte con un grupo de acólitos. Se calzaba una sábana blanca y los internaba tras sus pasos hacia las fauces de la noche. “Iba como un Mesías –recordó Verón– por los sombríos cañadones del Uritorco y Los Terrones.”

El cerro seguía ofreciendo enigmas. Como una cebolla, pelaba una capa y sólo descubría la siguiente. El caso es que, obviamente, las entradas secretas que llevaban hasta Erks nadie las pudo descubrir.

Allí, el regente absoluto sería un sacerdote de nombre Kitiuma, el custodio de los tres espejos sagrados. Gracias a ellos, los sumos sacerdotes de Erks logran contactarse con otras ciudades secretas, con las naves cósmicas que andan por los cielos misionando y hasta con el denominado reino supremo que estaría localizado en algún punto del Cosmos.

La ciudad de Erks, dicen, ilumina los cerros y quebradas con una tenue luz blanquecina. Naturalmente, todo esto es lo que les contaba con su voz de barítono el oscuro señor Acoglanis a sus invitados semanales, pero advertía a los más ansiosos: “El acceso a la ciudad está reservado para aquellos humanos formados en la dimensión cósmica”.

Acoglanis llegó con sus ceremonias a Capilla del Monte en la década del 70.

Monir Adur, un respetable profesor e historiador de La Falda, me dijo que había participado en una de esas excursiones astrales. “Me quedaron sentimientos contradictorios”, confesó.

El caso es que recordó que durante las caminatas por el fantasmagórico paisaje de Los Terrones, Acoglanis profería cánticos y plegarias. Al término de la expedición señaló al fondo del valle y todos vieron allí un enjambre de luces que parecían girar como enloquecidas, espectáculo que el griego Acoglanis descifró como una nave espacial que los había guiado hasta ese lugar.

Adur, que era un aficionado a la astronomía, fue asesinado años después en un oscuro episodio amoroso. Él consideraba que la luz brillante a la que se refería Acoglanis era la estrella Sirio, la más brillante del firmamento, que parecía hinchada de luz en el traslúcido cielo cordobés.

“Pero lo cierto –me había dicho, todavía perplejo el profesor– es que Sirio desapareció cuando el guía anunció que la nave se retiraba, dando por concluida la experiencia.”

Verón seguía sonriendo con mis asociaciones. Él prefería el misterio, las medias palabras: todo tenía que ver con Acoglanis, no con él.

Sin embargo, me dijo que la ciudad perdida de Erks era invisible a las miradas indiscretas. “Solo se materializa cuando Acoglanis pronuncia una serie de palabras conocidas por él, que era el encargado de convocar al misterio.”

Recuerdo que llegaba el atardecer y las oscuras salientes de ese cañón de color morado, con el sol parecían en verdad las murallas de una ciudad oculta. En vano intentaba ver algún signo, alguna mínima señal cósmica.

Pero había algo perturbador en el ambiente.

Alguna literatura que trabajó el tema pretende que la

urbe intraterrena sería el lugar donde se esconde el Santo Grial: su búsqueda desató nada menos que las Cruzadas de la Edad Media.

La copa que supuestamente habría recibido la sangre de Cristo, junto con otros símbolos, como la espada o el bastón de mando y la cruz de los Templarios, todos símbolos que forman parte de las creencias de las escuelas herméticas, están escondidos en algún lugar de la Tierra... ¿y qué mejor lugar que bajo el plácido clima serrano de Córdoba?

Tratando de descifrar en La Falda los misterios que encerraba el Hotel Edén, Alejandro Almosny me había contado que entre los notables pasajeros que visitaron ese espléndido alojamiento se contó al genio de la física moderna, Albert Einstein.

Al parecer, Einstein estaba muy interesado en conocer el Uritorco, acuciado por una búsqueda frenética que Almosny sugirió, pero no me dijo.

Conjeturé que lo que anduvo buscando Einstein —si de verdad estuvo en el Uritorco— era el elusivo “Bastón de Mando”, una piedra fina y cilíndrica de un metro de largo, un elemento mitológico que contiene toda la sabiduría del Universo, nada menos, y dota de inmortalidad al poseedor.

Encuentro de Remanentes del Kosmos Sideral: eso significa Erks. Más sorprendente aún que todo lo contado son las extrañas conexiones que algunos nativos —entre ellos el baqueano Ochoa, el hombre que dice haber sido absorbido por una nave extraterrestre— ven entre alienígenas e indios comechingones: “Los relatos cuentan acerca de indios con una larga barba —razonó— y, como se sabe, los indios son lampiños”.

Para Suárez no quedan dudas de que los aborígenes cordobeses pertenecieron a una etnia superior, aunque prácticamente no queden registros de su inteligencia ni de su arte, como en el caso de sus hermanos incas, mayas y aztecas.

Miré alrededor. El viento, el agua y el tiempo habían erosionado la montaña, que descubriría formas amenazantes.

Tal vez estaba de verdad pisando una ciudad debajo de mí.

La tarde doraba el valle. Con sus historias, el viejo me había echado a andar los mecanismos de la perplejidad como nunca antes. Al final, él también reconoció haber vivido experiencias paranormales en las fauces de ese anfiteatro subyugante.

¿Una ciudad intraterrena creada por una arcaica civilización, con puertas secretas que se abren con palabras mágicas, con indios barbudos y sacerdotes que cuidan la copa de oro en la que Cristo dio a beber su sangre a los apóstoles?

Por momentos, era muy difícil de creer.

Cristo. Angel Cristo Acoglanis: así se llamaba el griego, el curioso personaje del Uritorco.

En Buenos Aires tenía un consultorio en la elegante calle Callao al 1.500 que llevaba el nombre de “Consultorios Alternativos”: Acoglanis era considerado un sanador excepcional y repartía su tiempo atendiendo a sus centenares de pacientes en Buenos Aires con sus rituales en la Quebrada de Luna, donde invocaba la aparición de la ciudad subterránea de Erks.

El consultorio lo había abierto tiempo atrás con su socia y discípula, Marisa Mur, una mujer de 37 años, casada con el mejor amigo de Acoglanis: Rubén Elías Antonio, hermano del conocido financista Jorge Antonio.

La amistad con los Antonio había empezado cuando el griego decidió establecerse en el país. Y era tan estrecha que Acoglanis eligió a Rubén como padrino de bautismo de uno de sus hijos.

Él fue el primero que dijo que había tres ciudades subterráneas en el mundo.

“Agarta y Shamballa están en el Tibet. La otra es Erks, que está bajo nuestros pies”, le dijo un día el griego a un demudado Verón, que miraba confundido por la revela-

ción el vasto territorio del que era dueño y que conocía hasta sus límites.

Aunque era un hombre de campo, se dijo que iba a tener que empezar a descifrar mejor los secretos que escondía esa tierra de la que él creía saberlo todo.

A partir de entonces habría que rastrear el cielo y la cumbre de la mole cordobesa, se dijo a sí mismo Verón cuando Cristo Acoglanis, con su túnica blanca, le pidió autorización para entrar los fines de semana a su campo y empezar con sus ceremonias nocturnas.

Acoglanis le dijo que él sabía de la ciudad oculta mucho antes de llegar a Córdoba. Que allí habitaban seres inimaginables, dotados con una energía inteligente, dedicados a impartir enseñanzas a la raza humana desde tiempos inmemoriales.

Pero lo que más recuerda el dueño del campo es que el sacerdote de la túnica blanca no podía asegurar a todo el mundo que bastaba una sola excursión y listo, ya estaba uno en presencia de indios barbudos y hombres del espacio exterior, llenos de luz e inteligencia e infinitamente bondadosos.

Es cierto que Verón comprobaría más tarde que los iniciados imploraban por un contacto, buscando la amistad de la extraña raza que desde las profundidades regía los destinos de la Tierra.

“Él estuvo cinco años en el Tibet estudiando. Cuando vino, me dijo que esto era el Tibet y que su sensibilidad le decía que había una ciudad bajo sus pies.”

¡Bajo su campo! Pero Acoglanis le hizo ver, en la medida en que fue ganándose su confianza, que la experiencia de conocer Erks no consistía en un hecho físico —como quien ve Capilla del Monte desde la cima del Uritorco— sino de un viaje astral.

¿Acaso se trataba de un estallido de hipnosis colectiva?

Un viaje astral, eso era: la ciudad se les aparecía en la noche, con luces restallantes, cegadoras. Afiebrados de excitación, Acoglanis y los suyos la miraban extasiados.

O sea, me dije, aquí mismo donde estoy, cuando el sol terminaba de descolgarse del cielo, el mismísimo griego levantaba los brazos, pronunciaba frases en un idioma indescifrable y la metrópoli se les hacía visible a sus discípulos.

Lo de metrópoli no es ninguna broma, según el parsimonioso relato de Verón: “Viven en Erks 18 mil personas. Así ha dicho Acoglanis”.

¿Tenía poderes realmente ese personaje extraño?

¿Existía Erks?

Pensé, parado sobre la ciudad intraterrena: todo es proyección de la imaginación. Jung había agregado que los llamados platos voladores eran el resultado de la necesidad de crear un mito viviente. “Tenemos ocasión de observar cómo en una época difícil se cree en una historia milagrosa.”

Don Verón no escapó al influjo que parece rodear a todos en Capilla del Monte. “He visto muchas luces, sí. Son como esferas que van flotando en un movimiento ondulante, como el agua, como el agua que corre.”

Cuando la fiebre de los platillos se instaló en el mundo, era la posguerra.

Un mundo cansado, devastado, empezaba a cerrar sus heridas. Pero también empezaba la Guerra Fría y la carrera espacial. Todo objeto que se escapara de los radares empezaba a ser —según se vea— un arma secreta del otro bando o bien un enigma perturbador que tenía sus raíces en el dilema que siempre acompañó a la humanidad: la inquietud de que no estemos solos en el Universo. Que, en definitiva, se desbaraten como un saco de piedras las certezas acerca de que el hombre es la criatura más perfecta creada por Dios.

Así los fenómenos siguieron ocurriendo.

El 5 de julio de 1947, a pocos kilómetros del pueblito de Roswell, en los Estados Unidos, una extraña nave cayó del cielo. Los militares rescataron a algunos miembros vivos de la tripulación y comprobaron que no eran

humanos. Y estudiaron la nave: descubrieron que el material del que estaba hecha era desconocido.

Los que creen firmemente que esto en verdad ocurrió, dicen: en la escala de lo cósmico, sólo lo fantástico tiene visos de ser verdadero.

En la tarde-noche que compartí con Verón me habló de un complejo entramado de ciudades subterráneas que se comunican entre sí.

Conductos huecos y puertas que afloran en el Tibet, Siberia y en las altas montañas de Norteamérica y Sudamérica.

Todo se lo había contado Acoglanis: “Catacumbas gigantescas fueron planeadas por los marcianos para escapar de la radioactividad que siguió al devastador enfrentamiento entre la Atlántida, la ciudad sumergida y la fantasmagórica Lemuria. Eso lo ha dicho Acoglanis”.

Cuento esta historia porque un día el sueño se terminó.

No es que el Uritorco, El Pajarillo y Los Terrones no sigan siendo visitados como antes. Acaso, muchos más excursionistas en busca de platillos trepan a la cumbre o van en busca de la invisible Erks en el crepúsculo del campo de Verón.

Obnubilado por el cansancio del día, por la cercanía de la noche que obligaba a forzar la mirada y la metralla de mi imaginación, le pregunté a Verón por Acoglanis, el hombre que la séptima vez que le habló, fue para decirle: “Yo no soy de este mundo”.

Verón pareció recordar por un instante aquello y me contestó, con los ojos velados por la melancolía: “Murió. Lo asesinaron en su casa de Buenos Aires, hace algunos años”.

Fue el 19 de abril de 1989. A eso de las 10.45 de la mañana, un hombre subió las escaleras hasta el primer piso de “Consultorios Alternativos”, en la calle Callao. Tina, la secretaria de Acoglanis —que estaba atendiendo y había pacientes en espera— lo hizo pasar de inmediato, y hasta le sirvió un café en la cocina.

Lo conocía: era Rubén Elías Antonio, el mejor amigo de Acoglanis.

Cuando terminó con el paciente que estaba atendiendo, Acoglanis se dirigió directamente a la cocina: “Como si hubiera presentido su presencia”, recordaría más tarde la secretaria.

Tina y los pacientes que estaban en la sala de espera escucharon minutos después la voz en ruego de Acoglanis: ¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

Y acto seguido, siete disparos. Los dos primeros los hizo con un pistolón, directamente a la cabeza, los cinco restantes, con un revólver calibre 32, al bulto. Tina y los pacientes vieron irse al matador con paso decidido, todavía sin comprender bien lo que había pasado en la cocina. Abajo se cruzó con el portero. Barría la vereda, había escuchado las detonaciones, pero tampoco tenía en claro de qué se trataba.

Sin embargo, asoció los ruidos con el hombre que salía del edificio y le soltó la incriminación: “¿Qué hace, hombre? ¿Quiere tirarme el edificio abajo?”.

“Hubo unos tiros arriba”, contestó Antonio. Y se paró unos segundos ante el portero para explicar el móvil antes de caminar los cincuenta metros que lo separaban de la comisaría 17, donde se entregó: “¿Sabe qué hay que hacer con los brujos? A los brujos hay que matarlos a todos”.

La jueza María Romilda Servini de Cubría quiso hacer la reconstrucción del asesinato ese mismo día. “Maté a un brujo y me siento muy aliviado”, había ofrecido Antonio por toda explicación.

En la cocina, nueve horas más tarde, el asesino se perdió en intrascendencias. La posición de los pocillos, la hora del reloj que colgaba de la pared, la ubicación de servilletas y cucharitas.

La jueza le preguntó si había hablado con Acoglanis antes de dispararle.

“No –dijo el matador–, no podía perder la concentración.”

Aunque los diarios de la época especularon sobre el móvil que habría tenido Antonio –la opción favorita era una supuesta relación amorosa entre Acoglanis y la esposa del asesino–, otras firmas, dadas más al pensamiento mágico, tramaban la posibilidad de que el asesinato de Acoglanis haya intentado callar y ocultar a la ciudad de Erks, que comenzaba a crecer como centro espiritual.

Lo cierto es que la jueza, en solo dos meses, declaró inimputable a Rubén Antonio. La poderosa familia del asesino de Acoglanis pudo trasladarlo del Hospital Borda a una clínica privada en el barrio de Saavedra y poco tiempo después fue dado de alta: la última mudanza de su vida fue al edificio de la calle Ugarte 3893, donde pudo volver a vivir sin restricciones de ningún tipo, como un ciudadano común, como si ningún acontecimiento extraordinario le hubiese sacudido la vida.

Hasta que el 28 de julio de 1993 subió hasta la terraza del edificio y se arrojó al vacío.

Desde allí, desde la casa donde supo vivir Acoglanis, podía ver trepar a la Luna como una gigantesca galleta nevada. Las sombras habían ganado completamente el campo mágico de Verón.

“Está llena de energía”, me dijo el paisano al tenderme la mano sarmentosa, luchando contra la desazón del recuerdo.

Y agregó: “Muchos años después de su muerte, lo sentí a mi lado todo el tiempo. Ahora mismo lo estoy sintiendo espiritualmente, Acoglanis me está tocando”.

Cuando puse en marcha la camioneta le sonreí y arranqué despacio. Traté de controlar el brío de los 200 caballos de fuerza que llevaba bajo el capó porque pensé que los 18 mil seres intergalácticos que viven bajo la tierra de don Verón podrían incomodarse mucho si alguien andaba haciendo ruido por el techo de sus casas.

índice

PRIMERA PARTE

Donde viven los fantasmas

1. El presidio del fin del mundo
Ushuaia, 1996 y 20017
2. Alemania
Salta, 199716
3. Misterios del Hotel Edén
La Falda, Córdoba, 1999.....20
4. Vivir de la mina muerta
Sierra Grande, Río Negro, 1991 y 199633

SEGUNDA PARTE

Destinos cruzados

5. La pasión oscura del trágico Baron Biza
Córdoba, 200041
6. Merceditas, la pastorcita de Santa Fe
Humboldt, Santa Fe, 2001.....57
7. El epitafio de Berta
Dolores, Buenos Aires, 199865

TERCERA PARTE

Quimeras inconclusas

8. Fordlandia
Río Amazonas, Brasil, 199871
9. La isla de la bomba atómica
Bariloche, Río Negro, 1997.....105
10. Durando, la voz de Dios
Entre Ríos, 1999117

11. En busca de la ciudad perdida en el Uritorco
 Capilla del Monte, Córdoba, 1999128

CUARTA PARTE

Hombres de la tierra

12. El último ona
 Río Grande, Tierra del Fuego, 1997147
13. Los antiguos de Vilcabamba
 Loja, Ecuador, 1999.....159
14. Nacido para ser salvaje
 San Luis, 1997173
15. Los hombres de sal
 Salinas Grandes, Jujuy, 1999 y 2002181

QUINTA PARTE

En tránsito

16. A bordo del *Terra Australis*
 Punta Arenas, Chile, 1998.....191
17. Soñando con la muerte
 Ingeniero Jacobacci, 1994. Esquel, 2004229
18. El avión que persiguió al cometa Halley
 Buenos Aires, 1986249
- Sobre el autor263

Colección Náufragos

1. ...y un día Nico se fue
OSVALDO BAZÁN
2. Espadas y corazones. Pequeñas delicias de héroes
y villanos de la historia argentina
DANIEL BALMACEDA
3. Nuevas crónicas de Tsúremberg
Papas y rabinos
RUDY
4. Cuadernos del camino
De Tierra del Fuego al cometa Halley
MARIO MARKIC
5. Montevideo o la Nueva Troya
Y su rescate en Buenos Aires o la Atenas del Plata
ALEJANDRO DUMAS
Prólogo de Daniel Balmaceda (en preparación)
6. Historias de sobremesa
Una inquietante filosofía de señoras
MALELE PENCHANSKY (en preparación)